

UNA PARADOJA DE LA LINGÜÍSTICA HISTÓRICA ROMANCE: EL FLORECIMIENTO DE LA SINTAXIS HISTÓRICA ROMÁNICA

Concepción Company Company
Universidad Nacional Autónoma de México

1. La paradoja

Con el provocador título de “Historical Romance linguistics: the Death of a Discipline?” esta revista sacó a la luz en 2003 un número monográfico cuyas voces parecen responder a dos conjuntos de opiniones en disonancia. Por un lado, los colegas que muestran un fuerte o moderado pesimismo respecto de la vitalidad de la lingüística histórica románica como área disciplinaria de estudio (Craddock, Dworkin, Loporcaro, Lüdtke, Pellen, Rini), y, por otro, aquellos colegas, esencialmente optimistas, que consideran que la lingüística romance goza de cabal (Kabatek, Koch, Penny) e incluso de excelente salud (Echenique, Wanner, Wright). Otros colegas (Smith, Wireback) se decantan por una opinión intermedia: la lingüística histórica romance es una disciplina moribunda, pero el estudio diacrónico de las lenguas romances particulares mantiene plena vitalidad. Es obvio que implícita en la pregunta misma que encabeza ese número monográfico está la aceptación de una fuerte crisis disciplinaria.

Las tres posiciones están en lo correcto y ello se debe, a mi modo de ver, a una curiosa paradoja que en los últimos veinte años ha experimentado el estudio histórico de las lenguas románicas, especialmente su sintaxis, paradoja consistente en un declive casi total de la lingüística románica como disciplina global pero, a la vez y en contrapartida, en un enorme auge de investigación en sintaxis histórica románica, sobre

todo por lenguas separadas pero también como acercamientos más generales que abarcan varias lenguas de la familia. Me atrevo a decir que la sintaxis ha pasado de ser el patito feo de la lingüística histórica, romance y general, con una escasez notoria de estudios y estudiosos hace cincuenta años –si la comparamos con la fonología, y en buena parte, la morfología históricas– a ser el cisne de las subdisciplinas diacrónicas hoy en día. La causa de este renovado florecimiento de la sintaxis diacrónica románica son ciertas razones específicas de tipo teórico que enseguida expondré, así como también son razones de tipo teórico y metodológico las que han provocado la casi extinción de las visiones globales, interlingüísticas y, en buena medida, interdisciplinarias, que requiere la buena romanística a la Malkiel.

En las páginas que siguen abordaré en primer lugar por qué la sintaxis histórica había sido una disciplina prácticamente abandonada y por qué el declive del campo disciplinario de la romanística y, en segundo lugar, por qué este nuevo auge sintáctico diacrónico.

2. Las causas del aislamiento y declive

En términos generales, la lingüística histórica románica –y en cierta manera también la lingüística histórica, sin adjetivos especificativos– se mantuvo durante gran parte del siglo XX como una disciplina un tanto aislada, al margen de las grandes corrientes teóricas de la Lingüística General, no obstante ser la lingüística histórica una de las cinco disciplinas básicas que se cultivaban en cualquier departamento de Lingüística en las universidades y centros de investigación. Este aislamiento no fue gratuito y se debió tanto a los objetivos y planteamientos de la mayoría de teorías lingüísticas estructuralistas, cuanto a las peculiaridades teóricas y metodológicas del quehacer propio de la romanística. Tal aislamiento teórico es uno de los grandes responsables del indudable declive que a la fecha experimenta este campo disciplinario –como campo y no como el estudio de lenguas romances particulares–, con el consecuente cierre o reconversión de muchos Departamentos de Lenguas Romances y de Filología Románica a ambos lados del Atlántico, y de la reformulación disciplinaria de revistas que eran esencialmente romanísticas, como es el caso de *Romance Philology*.

Los diversos enfoques estructuralistas, incluidos los acercamientos generativistas, difícilmente pueden dar cuenta del hecho fundamental, y paradójico, de que la esencia de las lenguas es su constante

transformación imperceptible en convivencia simultánea con su gran estabilidad, diacrónica y sincrónica. El estructuralismo, en consecuencia, en cualquiera de sus corrientes puso énfasis en una de las caras de la paradoja, en la estaticidad del sistema lingüístico y desarrolló enormemente, como consecuencia, estudios de naturaleza sincrónica, soslayando un problema central a la lengua, aunque, en efecto, de difícil solución: cómo conciliar la rigidez instantánea y acrónica del sistema con el hecho básico de que una lengua cambia constante e imperceptiblemente. La consecuencia natural del conflicto entre estaticidad y dinamicidad fue que las disciplinas de variación se acercaron a los cambios lingüísticos con una óptica sincrónica y que los romanistas se aislaron metodológicamente, ya que la diacronía y la reconstrucción son objetivos inherentes a la lingüística románica, que es esencialmente comparatista y evolutiva.

Durante mucho tiempo no fue posible un análisis procesual de los cambios lingüísticos, un análisis del cambio como transformación, sino que el foco de estudio fue necesariamente el cambio como cambio cumplido; esto es, se estudiaba un problema dado en un texto antiguo –que se suponía representaba un estado de lengua en sí mismo cerrado y bien formado–, o bien en textos cronológicamente sucesivos, cuyo tratamiento reflejaba, sin embargo, una descripción de sincronías sucesivas yuxtapuestas en el tiempo, más que un análisis de evolución lingüística propiamente. De ahí que, consecuentes con este sincronismo, muchos de los estudios históricos románicos realizados en el siglo XX son en realidad gramáticas comparadas que podrían denominarse sincrónicas, con un estado inicial, el latín, y un estado posterior de una o varias lenguas romances antiguas, considerado muchas veces como una totalidad sin etapas internas, y ambas lenguas, madre e hija(s), concebidas en sí mismas como sincronías cerradas (Gamillscheg 1957; Menéndez Pidal 1904/1966; Nunes 1930; Nyrop 1925; Rohlfs 1949/1968, por citar sólo algunas gramáticas ya clásicas, y más recientemente Ménard 1988; Tekavčič 1972 o Pellegrini 1966). O bien eran estudios de reconstrucción, con una metodología propia y con la característica añadida de que era una reconstrucción peculiar, tanto por la abundante documentación de etapas pretéritas, como por la relativa poca profundidad histórica de la escisión y vida independiente de las lenguas romances –con todo el ruido teórico y metodológico que esto conlleva, y también ventajas–, cuanto por el conocimiento de la lengua madre, al menos ciertos registros de ella, todo lo cual hacía de este campo un área privilegiada, pero también generó inconvenientes y limitaciones metodológicas reconstructivas así como aislamiento teórico. Es decir,

la lingüística románica, con sus postulados intrínsecos de reconstrucción y evolución, nunca tuvo, a mi entender, un verdadero diálogo con el estructuralismo, sino que, por el contrario, fue bastante ignorada por la mayoría de corrientes teóricas a las que se puede aplicar esa etiqueta.

Un par de conocidos trabajos estructuralistas, uno del lado americano otro del lado europeo, muestra bien el privilegio de que gozó la sincronía de las lenguas durante buena parte del siglo XX, con un profundo distanciamiento entre sincronía y diacronía y con el consecuente aislamiento de los romanistas, el aislamiento de la lingüística histórica o el sincronismo mismo de estas disciplinas. Por una parte, el artículo de Bloomfield “A set of postulates for the science of language” (1926/1970), seminal, a mi modo de ver, para el desarrollo del estructuralismo, refleja bien el acronismo y estaticidad que privilegiaron la lingüística por mucho tiempo y el consecuente escaso avance de los análisis diacrónicos; por ejemplo, su postulado número 14.3 de que “las formas de una lengua son finitas en número” (131) supone una visión instantánea, totalmente abarcadora y estática del sistema lingüístico, sin dejar resquicio alguno para incremento o disminución de formas y construcciones o sin resquicio alguno para que la lengua cambie. Por otra parte, el artículo de Coseriu “Language change does not exist” (1983) refleja bien el sincronismo de los análisis evolutivos. El autor intenta aportar una solución al conflicto entre la simultánea estaticidad y el dinamismo inherentes a las lenguas eliminando el concepto mismo de cambio lingüístico y enfatizando, por tanto, el análisis sincrónico de las lenguas; no hay transformación, no existe continuidad entre estados de lengua sucesivos, ya que un cambio es “emergencia o creación de situaciones culturales nuevas”, de ahí que formulaciones del tipo /ž/ > /š/ > /x/ serían, en opinión del autor, extremadamente simplificadoras, ya que una forma no se modifica dando lugar a otras, sino que en cada “cambio” se crea, emerge, una nueva forma, y en última instancia un nuevo estado de lengua, de manera que no existe el cambio lingüístico sino sólo la operatividad sincrónica de los sistemas. Otros muchos trabajos de estos dos autores, hay que decirlo, incorporaron, no obstante esos planteamientos teóricos, análisis dinámicos donde sincronía y evolución conviven, borrándose los límites entre una y otra, como, por ejemplo, los varios trabajos de Bloomfield sobre la morfofonémica del menomini, o los libros y artículos teóricos de Coseriu sobre la lengua como una actividad, *energeia*, y no un *ergon* o producto acabado.

Por décadas se dio una escisión tajante entre lingüistas sincrónicos y lingüistas diacrónicos, que conllevó el retraimiento de los estudios

diacrónicos, muy especialmente los de sintaxis histórica. Subyacen a esta escisión varias razones teóricas. Por ejemplo, la dicotomía saussureana lengua-habla, o sistema-uso, o, con implicaciones adicionales, competencia-actuación, generó un quiebre, una separación profunda entre la lingüística sincrónica y la diacrónica. Dado que el objeto de estudio de la lingüística debe ser la lengua, el sistema en su totalidad, y dado que el cambio lingüístico tiene su origen en el habla, en la realización de un hablante individual, el estudio del cambio se vuelve automáticamente un tipo de disciplina peculiar, que no puede plantearse como objeto de estudio el sistema mismo, sino hechos particulares del uso lingüístico. A ello se aúna el hecho señalado por muchos estudiosos (Martinet 1955/1970: 34; Meillet 1913/1965: 24; Paul 1921/1968: 19) de que el cambio lingüístico no opera sobre el sistema en su totalidad, y ni siquiera sobre construcciones sintácticas completas, sino que actúa sobre partes mínimas o elementos aislados de este. Lo paradójico es que el sistema globalmente es el que posibilita o ejerce presión para que ese elemento cambie, a la vez que las consecuencias del cambio sí repercuten en el sistema total, ya que de alguna manera siempre lo reestructuran. La evolución de una lengua es una constante interacción entre el elemento aislado que cambia y el sistema que restringe y guía los cambios posibles, como señalaba Jakobson (1973: 22) “la diacronía coexiste en la sincronía” o, lo que es lo mismo, no es posible realizar una distinción tajante entre sincronía y diacronía.

El divorcio entre sincronía y diacronía llegó a tal punto con el estructuralismo que por mucho tiempo los análisis sincrónicos solían pasar por alto que la consecuencia natural de los cambios lingüísticos es que formas innovadoras y formas conservadoras, o, más precisamente, valores-contextos innovadores y valores-contextos conservadores, suelen convivir por siglos creando una permanente y compleja variación sincrónica que constituye el funcionamiento normal de las lenguas. A su vez los análisis diacrónicos solían muchas veces pasar por alto en el planteamiento de los cambios que es el propio sistema el que condiciona y equilibra el alcance, impacto y dirección de esos cambios.

El hecho de que el cambio lingüístico tenga su origen en el habla, en la realización, permite entender por qué en los últimos años los análisis diacrónicos, particularmente aquellos enfocados en los procesos de gramaticalización, han incorporado de manera consistente la pragmática, atendiendo cuestiones tales como las valoraciones del hablante, sus inferencias, sus necesidades comunicativas o su interacción con el oyente, ya que ellas permiten una mejor comprensión de las

motivaciones del cambio lingüístico. Consecuente también con la estrecha relación entre cambio y realización está la incorporación de las frecuencias relativas de uso de las formas como parte esencial del análisis diacrónico, y también de otras disciplinas variacionistas como la dialectología (volveré sobre estos puntos más abajo), frecuencias de uso que consistentemente eran pasadas por alto, e incluso despreciadas, como poco importantes o irrelevantes en la mayoría de análisis estructuralistas, aunque eran centrales en muchos análisis dialectales de lenguas romances, y he aquí de nuevo una discordancia de método.

Íntimamente relacionada con la dicotomía lengua-habla está la controvertida distinción entre origen y difusión del cambio. El primero atañe siempre al habla, el cambio se origina en el hablante individual, la segunda atañe a la lengua, a su difusión en una comunidad lingüística, pero, paradójicamente, sólo la difusión del cambio es metodológicamente observable y analizable, y de hecho sólo es cambio, dialectal o histórico, cuando se ha difundido en la comunidad o a través de generaciones. Una solución estructuralista a tal controversia fue eliminar la distinción entre origen y difusión del cambio: “el cambio es su difusión” (Weinreich, Labov y Herzog 1968), y con ello el objeto de estudio de la lingüística histórica puede situarse en la lengua, en el sistema, y no en el habla, de manera que una disciplina aislada como era la lingüística histórica podía participar de los mismos objetivos que el análisis sincrónico estructuralista. Aunque esta propuesta constituyó un avance indudable, lo cierto, sin embargo, fue que el análisis diacrónico de las lenguas se siguió manteniendo como una disciplina de artículos aislados, mal insertados en las teorías estructuralistas. Otros trabajos han intentado también conciliar esta problemática distinción entre origen y difusión postulando que en los procesos de cambio existe un punto de quiebre inobservable, una “mano invisible” (Keller 1985), entre el individuo que origina el cambio y el sistema que lo repercute y lo difunde. Asimismo, la distinción entre reanálisis y actualización del reanálisis (Timberlake 1977) –el primero concerniente al individuo, la segunda al sistema– intentó aportar una solución conciliadora. También la idea de que el cambio lingüístico es en esencia la generalización o socialización de inferencias discursivas individuales de base metonímica obtenidas por asociaciones recurrentes con determinados elementos del discurso (Traugott y Dasher 2002 y numerosas referencias ahí citadas), construye sin duda un puente para el quiebre teórico entre origen y difusión del cambio.

Igualmente, el peso del conocido postulado saussureano de que “la langue est un système où tout se tient” constituyó un lastre para el

desarrollo de los estudios de variación y para la adecuada inserción teórica de la lingüística romance, ya que él impide *a priori* concebir el cambio como un hecho dinámico e impide también la comparación como método básico para el análisis lingüístico. Existe, por un lado, el problema de que si un sistema está en equilibrio perfecto, entonces ¿cuál es la necesidad de que cambie? Por otro lado, si un sistema es “où tout se tient” no tiene sentido la comparación. Será igualmente infructuoso comparar dos estados de lengua, que dos dialectos emparentados, que dos lenguas con una relación distante, pues en todos los casos la comparación no sirve para nada. En efecto, si un elemento se define por sus relaciones con los demás dentro de un sistema, al cambiar éste, el elemento será ya otro, y por lo tanto se destruye la base para la comparación, se destruye el concepto mismo de cambio lingüístico como algo dinámico, y se destruye también la comparación como el método básico de las disciplinas lingüísticas que operan con variación. Recordemos e insistamos en el hecho de que la lingüística románica es esencialmente comparada, un motivo más para su aislamiento.

La lingüística histórica, románica y general, escapaba también de manera natural a otros principios y objetivos estructuralistas, tales como la autonomía de los niveles de análisis o la búsqueda y formulación de reglas o generalizaciones, principios que en buena medida coadyuvaban al aislamiento de los estudios diacrónicos, muy especialmente los de sintaxis. En cuanto al primer principio, la sintaxis histórica, por su propia naturaleza, no puede trabajar con la idea de un nivel sintáctico autónomo, sino que siempre operó con una interacción constante de niveles de análisis. Los cambios sintácticos son multicausales por excelencia, de manera que no existen prácticamente cambios sintácticos puros en los que no intervengan motivaciones semánticas, fonológicas o morfológicas. El quehacer en sintaxis histórica se aviene bien con un acercamiento más multidisciplinario, que incorpora, además de los otros niveles de lengua, el uso, la pragmática, e incluso el conocimiento de mundo y los hechos externos no estrictamente lingüísticos, como componentes indispensables del análisis lingüístico.

También la búsqueda de reglas y generalizaciones fuertes, objetivo fundamental del estructuralismo, es difícil de lograr en lingüística histórica y muy particularmente en sintaxis. Justamente porque los cambios sólo afectan a partes mínimas de los sistemas lingüísticos y nunca a estos en su totalidad, y dado que la mayoría de los cambios tiene un origen multicausal, un riesgo constante de nuestra disciplina es la atomización y fraccionamiento del análisis lingüístico. Subyacente a la formulación de reglas y generalizaciones está el problema de cuál

es el grado de idealización de los datos; sin embargo, el grado de idealización alcanzable es absolutamente distinto en un análisis estructuralista de naturaleza teórica-sincrónica (Hurford 1977) –donde se puede obtener información adicional al corpus e, incluso, se puede prescindir del corpus– que en un análisis diacrónico, que opera necesariamente con datos procedentes de un corpus cerrado y no manipulable.

Ello provocó por décadas otro importante divorcio: entre análisis teóricos y análisis procedentes de corpus. Las explicaciones teóricas solían construirse, por lo general, con ejemplos tipo, seleccionados en aislado, contruidos *ad hoc*, usando la competencia del propio lingüista, y no con datos reales inmersos en contexto y surgidos de la lengua en uso, esto es, casi nunca se tomaba en cuenta que el uso real de la lengua es el que constante e imperceptiblemente modela y crea el sistema. A su vez, las disciplinas que necesariamente parten del uso, de la realización, y no de la competencia, como son la lingüística histórica o la dialectología, solían hacer descripciones muy detalladas de los fenómenos lingüísticos, pero sin preocuparse por enmarcar en una perspectiva teórica y tipológica los datos finos, de manera que pudiera encontrar cohesión y generalización la natural atomización que constituye el punto de partida de esas disciplinas.

Ante este panorama estructuralista, no es de extrañar el aislamiento de la lingüística histórica, el declive de la lingüística románica y, en general, el hecho de que los estudios diacrónicos estuvieran insertos en una perspectiva más filológica que lingüística, un tanto ajenos al *fluir* de la lingüística general y de sus diferentes acercamientos teóricos.

Hay que decir que la sintaxis histórica fue por mucho tiempo una disciplina doblemente relegada, si se la compara, por ejemplo, con la fonología, el nivel de lengua prototipo para realizar análisis comparativo. Varias son las razones. En primer lugar, no existe un inventario de oraciones o de construcciones sintácticas básicas con las que operar en la comparación, como sí existe un inventario cerrado de fonemas o, incluso, con ciertas dificultades, de morfemas flexivos. En segundo lugar, la sintaxis histórica es una disciplina diacrónica un tanto atípica, ya que en ella nunca hay pérdida absoluta, como sí la hay en fonología, puesto que en sintaxis siempre existe la posibilidad de una paráfrasis, evitando así el cero comunicativo, con lo cual el método comparativo se tambalea ante la imposibilidad de establecer correspondencias sistemáticas sintácticas reales. Por último, si a lo anterior añadimos que no existen construcciones o distribuciones sintácticas en las que no incida el significado de las formas involucradas, es decir que la

sintaxis opera siempre con significado, y que éste es altamente dependiente de la cultura y de la visión del mundo, se puede decir que, teóricamente al menos, es casi impracticable la comparación en sintaxis. Todo esto provocó que la sintaxis estuviera no sólo relegada de la lingüística histórica general sino también relegada dentro de la propia lingüística románica, y prueba de ello es que la mayoría de manuales y gramáticas históricas y comparadas románicas tienen, por lo regular, muy poca, si no es que nula, información sintáctica.

Una última razón de carácter práctico ha sido importante causa en el declive de la lingüística románica a la Malkiel, a saber, el enorme desarrollo de las disciplinas lingüísticas, que genera año tras año grandes cantidades de bibliografía especializada, lo cual lleva, afortunadamente, a un conocimiento más fino de nuestros objetos de estudio, pero provoca, desafortunadamente, que sea necesario controlar más aspectos o ángulos gramaticales para un cabal conocimiento de un tema y que, en consecuencia, sea mayor la cantidad de bibliografía necesaria para profundizar en el tema en cuestión. Por ello, hoy resulta casi impensable que un solo investigador pueda abarcar con profundidad todos los temas y subtemas que se requieren para elaborar una obra especializada, y resulta más impensable aún que un romanista controle esa detallada información especializada para dos, tres o más lenguas romances. A esta dificultad general se aúna otro factor que hace que en lingüística histórica sea todavía más difícil estar al día, ya que, dado que la sincronía ha sido metodológicamente, y en parte teóricamente, previa a la diacronía, se requiere un doble control y conocimiento de bibliografía especializada: la sincrónica o general y la propia de la diacronía del fenómeno, y esta doble especialización debe incrementarse cuando un romanista quiere incorporar información interlingüística o de naturaleza dialectal. Hoy se imponen obras de carácter colectivo, y, de hecho, por ejemplo, han salido recientemente para el ámbito iberorrománico excelentes gramáticas, sincrónicas e históricas de referencia, de autoría colectiva, con un elevado nivel de especialización y una buena integración teórica y descriptiva, como son la sincrónica dirigida por Bosque y Demonte (1999) para el español, la histórica dirigida por Company (en prensa) para el español y la sincrónica dirigida por Solá, Lloret, Mascaró y Pérez Saldanya (2002) para el catalán.

3. El florecimiento de la sintaxis histórica

En los últimos veinte o veinticinco años las disciplinas de cambio lingüístico han experimentado un interesante desarrollo que ha venido

a llenar importantes huecos de información diacrónica, propiciando el estudio de nuevos fenómenos de cambio antes inobservados, y ha venido a poner en perspectiva teórica y tipológica los fenómenos tradicionales de cambio. Este nuevo auge ha venido también, de alguna forma, a equilibrar el estatus privilegiado y casi excluyente de que gozaban los estudios sincrónicos hasta hace muy poco, así como el estatus privilegiado que mantenían la fonología y la reconstrucción dentro de las disciplinas históricas; ha permitido arrojar nueva luz y ver con nuevos ojos los fenómenos tradicionales del cambio lingüístico. La disciplina privilegiada, sin duda, de tal auge ha sido la sintaxis histórica, y el concepto teórico responsable de tal privilegio ha sido, sin duda, el de gramaticalización (Company 2003). Varias son las razones de este resurgimiento.

Por una parte el amplio desarrollo en los años setenta-ochenta de la tipología, de la sociolingüística y de los estudios de discurso y pragmática obligaron a ampliar el concepto de gramática, y a incorporar como esenciales al análisis tanto un concepto amplio del significado, cuanto la variación sincrónica, así como la negociación comunicativa que diariamente realizan hablante y oyente y que desemboca en y motiva esa variación. Por otra parte, ha venido dándose en los últimos veinte o treinta años un cierto antiformalismo en lingüística que ha llevado a la implantación del funcionalismo, en sus diversas corrientes (léxico-funcional, cognitiva, construccional, morfopragmática, nueva filología, etc.), como un marco teórico general de análisis que propone un nuevo concepto de sistema, no cerrado, el cual se comporta como altamente estable y permite sistematizaciones constantes, pero que da cabida también a la ambigüedad, a la redundancia, a la inestabilidad y a las inconsistencias consustanciales a las lenguas naturales (Thom 1983), y esas ambigüedad, redundancia, inestabilidad e inconsistencias siempre fueron parte del análisis común de la lingüística histórica, aunque quedaban fuera de los marcos teóricos estructuralistas estrictos. Puede decirse que este renovado interés en la sintaxis histórica se debe a que estamos asistiendo, o hemos asistido ya, a un cambio de paradigma en la teoría lingüística: formalismo funcionalismo, funcionalismo en el que siempre, quizá sin teorización subyacente, había operado la gramática histórica.

Al menos tres postulados del funcionalismo encajan a la perfección con la dinámica propia de los cambios lingüísticos y con el análisis que tradicionalmente se hacía en lingüística histórica. Los “nuevos” conceptos de ‘sintaxis’, de ‘significado’ y de ‘categoría’ son claves para entender la reivindicación de las disciplinas de variación y diacronía.

i) *Sintaxis*. Por un lado, se define la sintaxis como el nivel de “simbolización de los contenidos” (Langacker 1987: cap. 2). Este rango secundario otorgado a la sintaxis supone automáticamente que se trata de un nivel no autónomo y que la semántica es un componente esencial de la codificación lingüística. Se deriva de ello una gran paradoja, a saber, que los estudios sintácticos se han enriquecido precisamente por el papel teórico subordinado que ahora se le asigna a este nivel de lengua. Se hace necesario recordar aquí que una posición generalmente aceptada en la lingüística histórica desde los neogramáticos es que los problemas de naturaleza semántica son disparadores fundamentales del cambio sintáctico, de manera que los estudios de sintaxis histórica siempre habían incorporado el significado como parte integral del análisis y la explicación del cambio sintáctico.

Bajo esta perspectiva, se amplía enormemente lo que se considera un hecho de sintaxis: ya no es sólo el resultado de la operatividad de reglas automáticas –tal como lo concibe la gramática generativa, al menos en los modelos clásicos estándar y de rección y ligamiento–, sino que es en gran parte resultado de elegir o poner en relieve –de perfilar cómo se conoce en la gramática cognitiva– ciertos rasgos semánticos y pragmáticos contra otros. En líneas generales se acepta que el aprovechamiento semántico, pragmático y comunicativo de las posibilidades formales de una gramática es una parte fundamental de la sintaxis de cualquier lengua. En estos “nuevos” enfoques, una sintaxis, y en general una gramática, suele ser definida como la rutinización, la cristalización del uso, de manera que la elección de ciertas construcciones o ciertos rasgos semánticos cristalizará en una determinada sintaxis, y la elección de otras construcciones y otros rasgos debe cristalizar en otra rutina sintáctica (Hopper 1998; Company 2002a).

ii) *Significado*. Por otra parte, se amplía el concepto de significado: ya no es analizable a partir de condiciones de verdad, ni es una lista cerrada de rasgos componenciales, sino que, se postula, el significado no puede ser estudiado de manera aislada del conocimiento enciclopédico que poseen sus hablantes (Haiman 1980; Contini-Morava y Sussman 1995).¹ Significado y conceptualización se equiparan, de manera que a la semántica se incorporan tanto conceptualizaciones

¹ Esta actitud enciclopédica frente al significado no es nueva; era, de hecho, la posición de algunas figuras centrales del estructuralismo clásico, como Bloomfield (1933/1984: cap 1, cap. 19), de ahí su postura reacia a analizar *in extenso* el nivel semántico de la lengua. La diferencia reside en que ahora sí se incorpora y se analiza la pragmática, el conocimiento del mundo y cuestiones culturales como parte integral del significado.

establecidas, como nuevas construcciones de imágenes; también asociaciones metafóricas, el nivel de especificidad o esquematicidad de las formas, lo mismo que la perspectiva o punto de vista que adopta el hablante, y, desde luego, el contexto social además del lingüístico. Se acepta que las expresiones lingüísticas son generalmente polisémicas y forman una red de significados, y, en consecuencia, la polisemia ya no es un problema a resolver, como lo era en el estructuralismo, sino una característica connatural a los signos lingüísticos.

Pues bien, la gramática histórica tradicional de base filológica siempre había operado con un concepto muy amplio de significado, que incluía tanto la semántica léxica cuanto la conceptualización subjetiva del hablante, así como el contexto extralingüístico, la capacidad de los signos de ser empleados icónicamente, además de cuestiones pragmáticas y estilísticas, para poder dar cuenta cabalmente de un aspecto esencial de los signos, a saber, el dinamismo de la relación entre significado y significante y del signo con lo comunicado, así como del hecho esencial de que los significados no son estables ni indisolubles de las formas y que cualquier proceso de cambio supone una dinámica de pérdida y ganancia semántica, en la cual las formas entran a nuevos contextos recargándose de nuevos significados y haciéndose cada vez más polisémicas, a la vez que significados viejos pueden debilitarse e incluso llegar a desaparecer.

iii) *Categoría*. Finalmente, parte esencial de este resurgimiento de la sintaxis histórica la constituyó sin duda la flexibilización del concepto de categoría. Las categorías de la lengua son en estos marcos funcionalistas, como se sabe, espacios no discretos, sino inestables, flexibles, redefinibles y manipulables de manera creativa por los hablantes. Las categorías no tienen una conformación interna homogénea y, por lo tanto, no se puede establecer una misma caracterización, ni sintáctica ni semántica, para todos sus integrantes. Las formas lingüísticas constituyen por lo regular un *continuum* categorial tanto entre categorías como al interior de las mismas, con zonas focales, donde se sitúan las entradas léxicas que son mejores representantes de la categoría, el prototipo, y límites categoriales no nítidos ni bien establecidos, e incluso algunas entradas léxicas pueden estar situadas en zonas fronterizas y exhibir las propiedades de dos o más categorías (Givón 1986; Lakoff 1987: cap. 1; Taylor 1989; Company 1997). A medida que nos distanciamos del prototipo, las entidades comienzan a debilitar su semejanza sintáctica y semántica con las voces o construcciones típicas y a mostrar propiedades de otras categorías y, en consecuencia, cuanto más nos alejemos del prototipo,

más dudosa será la adscripción categorial de la entidad o construcción en cuestión. Se produce un proceso de debilitamiento o pérdida de categorialidad. La conexión entre los distintos miembros de la categoría se realiza vía una asociación o extensión metafórica –muy posiblemente de base metonímica dada la alta dependencia de contexto que requieren los cambios sintácticos– entre cualesquiera dos puntos, adyacentes o no, del *continuum*. El concepto ‘metáfora’ debe ser entendido no como una figura retórica especial, sino de una manera amplia, como una herramienta cognitiva básica del ser humano, esto es, su capacidad de asociación (cf. los trabajos reunidos en Antonio Barcelona 2002). Tal deslizamiento categorial se hace posible gracias a asociaciones metafóricas operantes en la cultura de una comunidad lingüística dada.

A diferencia del modelo tradicional de categorialidad discreta y absoluta, en el cual las categorías gramaticales se definen por un conjunto de condiciones necesarias y suficientes, donde el conjunto de miembros de una población, como se sabe, debe ser asignado sin ambigüedades, en el enfoque de prototipos no existe un conjunto finito de atributos definitorios, ni necesarios ni suficientes, que definan una categoría, sino que éstas son abiertas, y ciertas entidades cumplen o reflejan mejor que otras las propiedades de la clase, esto es, son “mejor ejemplo” de ella. El prototipo es la optimización de la categoría. Los miembros prototípicos tienen siempre mayor flexibilidad de distribución, son capaces de experimentar una amplia gama de procesos gramaticales, tienen, por tanto, mayor generalidad y aplicabilidad a más contextos, y suelen ser recurrentes en la mayoría de las lenguas. En las diversas teorías lingüísticas actuales de base funcionalista es un hecho aceptado, incluso para aquéllas que no operan con un concepto explícito de prototipos, que existen efectos de prototipización en la organización de los miembros de una categoría.

La consecuencia natural de este comportamiento no homogéneo del conjunto de miembros de una categoría es que existe una asimetría esencial, y por tanto una jerarquía, en su interior, de modo que ciertos miembros pueden ser considerados más básicos o centrales que otros. Una consecuencia directa, por lo tanto, de la categorización en prototipos, o al menos de aceptar la existencia de efectos de prototipización, son los conceptos de jerarquía y marcación (Company 2002b). Asimetría y marcación van de la mano, pudiéndose decir que los miembros centrales son no marcados con respecto a los miembros periféricos. Con estos dos conceptos había operado siempre la gramática histórica; por ejemplo, el hecho bien conocido de que los

cambios nunca afectan a todos los miembros de una categoría por igual ni al mismo tiempo es prueba irrefutable de que las categorías de una lengua tienen una composición interna asimétrica.²

Tras estos tres “nuevos” modos de abordar los conceptos lingüísticos anteriores subyace una reconceptualización de lo que es una gramática y, en última instancia, de lo que es una lengua. Ya no es pura representación mental, como lo concibe, por ejemplo, la mayoría de modelos estructuralistas de base formal, sino que un componente esencial de la gramática es el uso o la realización lingüística, de tal manera que ésta modela e incide en la cristalización de aquélla, por lo cual las gramáticas son “emergentes” y nunca equilibradas (Hopper 1998). La asignación categorial viene dada, en consecuencia, no sólo por propiedades verificables de manera independiente, sino también por la función de las formas producidas en contexto real, de modo tal que la gramática se construye en buena medida en el uso (cf. los trabajos reunidos en Haiman 1985 o en Bybee y Hopper 2000, así como Bybee 2001, 2003). Hay incluso quienes consideran que los rasgos semánticos inherentes a las entidades son secundarios a sus rasgos distribucionales (Hopper y Thompson 1985: 155-57). Tal reconceptualización implicó en los últimos veinte años un cambio radical de paradigma de análisis, y a mi modo de ver, la sintaxis histórica había siempre operado dentro de este “nuevo” paradigma, aunque sin hacerlo teóricamente explícito, con el uso, los contextos y la pragmática como partes inherentes del análisis gramatical, de ahí su resurgimiento. La relación dinámica entre uso y gramática es todavía, sin duda, un aspecto controvertido en los

² El paralelo entre cambios en la lengua y cambios en la cultura puede realizarse de manera bastante directa en este tipo de enfoques funcionalistas. Es sabido que la manifestación de una buena parte de las características que identifican una cultura o un período cultural inicia muchas veces como un fenómeno marginal que lentamente se infiltra en la cultura oficial y termina por constituir los rasgos caracterizadores y definitorios de esa cultura o de ese momento histórico. La herramienta fundamental de esa cultura, la lengua, parece operar también con esta misma dinámica. En efecto, la mayoría de los cambios lingüísticos inicia, por lo regular, como usos esporádicos o marginales que acaban por constituirse en la norma lingüística de una comunidad dada. Se trata de una doble marginalidad: social-dialectal y estructural-lingüística. Por una parte, muchos cambios comienzan en grupos lingüísticos minoritarios, social o dialectalmente, y se extienden para ser finalmente adoptados por la mayoría, o bien comienzan como vulgarismos y terminan por perder su estigmatización. Por otra parte, son las zonas periféricas o no centrales de las categorías lingüísticas las primeras en experimentar los cambios, mismos que acabarán por incidir en los miembros más centrales, reestructurando o, incluso, redefiniendo la clase categorial misma.

ambientes más formalistas (cf. Newmeyer 2003 para una discusión teórica interesante al respecto).

Este “nuevo” enfoque funcionalista se nos muestra como de especial valía en disciplinas que parten y enfocan necesariamente el uso y no el sistema en abstracto, y descubren tanto la cristalización del uso en sistema cuanto las inestabilidades de este; tal es el caso, como digo, de la lingüística histórica, en la que conceptos tales como transposición categorial, recategorización o ambigüedad categorial habían sido siempre parte esencial de la dinámica de cualquier cambio sintáctico.

Este cambio de enfoque en el quehacer en lingüística general conllevó un importante cambio de perspectiva en la consideración de lo que es un cambio lingüístico. De ser entendido por una buena parte del estructuralismo como erosión, desajustes y descomposturas del sistema, pasó a conceptualizarse como una innovación creativa por parte del hablante-oyente, innovación que logra éxito comunicativo (Keller 1985, 1990/1994: cap. 2), eficiencia comunicativa y que garantiza que la lengua siga manteniendo su función básica, la comunicación entre los seres humanos. Bajo este nuevo enfoque, hablante y oyente, en su relación dinámica, “negocian” y manipulan creativamente formas y significados. Ambos protagonistas tienen que realizar tareas complementarias, pero bastante diferentes, si se ha de dar con éxito la comunicación. El hablante tiene como tarea fundamental la de ser comprendido y lograr que lo comunicado sea eficiente y exitoso; por su parte, la tarea fundamental del oyente es inferir un mensaje coherente del paquete lingüístico que le presenta el hablante, ya que las formas *no* están dadas para el oyente, en el sentido de que el hablante nunca presenta un mensaje totalmente explícito, sino que comporta presuposiciones, usos metafóricos, huecos informativos, etc., esto es, el mensaje del hablante tiene la característica de ser abierto (Bolinger y Sears 1968/1981). Quiebres en el proceso comunicativo entre hablante y oyente, reinterpretaciones e inferencias de naturaleza metonímica-metafórica por parte del oyente, o también manipulación discursiva pragmática por parte del hablante para lograr mayor eficiencia en su interlocución con el oyente, son hechos que generan cambios.

El reajuste de perspectiva teórica que acabamos de señalar ha motivado dos modificaciones importantes en la conceptualización misma del cambio lingüístico en los últimos años. En primer lugar, de ser considerado bajo un *modelo de producción*, con sólo el hablante como protagonista fundamental de la erosión y el desajuste del sistema, se ha pasado a un *modelo de producción + percepción*, con hablante y oyente,

ambos a la par, como protagonistas del cambio lingüístico. En segundo lugar, de ser analizado como *cambio cumplido*, esto es, como resultado de la comparación de sincronías, en sí mismas cerradas y bien formadas, pasa a ser analizado como *cambio en proceso*, como transformación diacrónica propiamente, consecuencia natural del constante e imperceptible dinamismo de los sistemas lingüísticos, en los cuales los límites entre sincronía y diacronía se borran. En esta interacción dinámica de hablante y oyente, producción y percepción, y en la consideración del cambio como transformación y no simplemente como sucesión de sincronías se ubica este renacimiento de la sintaxis histórica románica.

4. Conclusiones

La reconceptualización teórica del cambio lingüístico ha dado un nuevo auge a los estudios de gramática histórica y ha puesto de nuevo los datos romances en el candelero teórico. En efecto, los datos sintácticos de lenguas romances, estudiados por décadas en la lingüística histórica románica, con una base documental amplísima de naturaleza lingüística, literaria y cultural, adquieren una dimensión teórica de prueba invaluable en el marco de la gramaticalización. Buena muestra de ello es que muchos libros de cambio lingüístico, con objetivo teórico y no descriptivo, contienen un número importante de datos romances como base empírica. Así, por ejemplo, la reciente serie derivada de los congresos *New Reflections on Grammaticalization* tiene en su primer volumen (Wischer y Diewald 2002) cinco trabajos teóricos con evidencia de español, francés y portugués, de un total de veinte estudios; el segundo volumen (Fischer, Norde y Perridon 2004) contiene, de un total de quince, tres trabajos teóricos con datos de catalán e italiano. Igualmente, basta echar una ojeada a la serie que recoge las sucesivas versiones del congreso *International Conference on Historical Linguistics* para percatarnos de que los datos sintácticos románicos constituyen una presencia teórica continuada y nutrida.

Cerraré esta reflexión con una cita de mi colega y amigo Kabatek en el número monográfico ya aludido de esta revista y me permitiré diferir de él, sobre todo en el adverbio *poco* por él empleado: “Los intentos de explicar evoluciones históricas en la lingüística románica en términos de la Optimality Theory o en parte también de la teoría de la gramaticalización, poco han aportado al conocimiento real de la historia de las lenguas” (2003: 36). En mi opinión, el marco de la

gramaticalización ha inyectado un nuevo vigor a la investigación histórica, con mucha gente joven interesada en realizar sus tesis en sintaxis histórica –al menos en México– y especializarse en este campo, ha permitido relacionar datos históricos y cambios que, aunque bien conocidos, estaban inconexos (cf., por ejemplo, Company 2001 o varios de los trabajos reunidos en Fiorentino 2003), ha enriquecido el conocimiento de la morfosintaxis de las lenguas romances, y nos ha obligado no sólo a analizar el *qué* y *cómo* de los cambios, sino también a indagar y contestar el *por qué*, en una visión amplia que permite integrar historia interna con explicaciones cognitivas y culturales. Me parece que todo lo anterior no es poco.

Obras citadas

- Barcelona, Antonio, ed. 2002. *Metaphor and metonymy at the crossroads. A cognitive perspective*. Berlin-New York: Mouton de Gruyter.
- Bloomfield, Leonard. 1926/1970. "A set of postulates for the science of language". *A Leonard Bloomfield Anthology*. Ed. Charles Francis Hockett. Bloomington-London: Indiana UP. 128-38.
- . 1933/1984. *Language*. Chicago: U of Chicago P.
- Bolinger, Dwight. and Donald A. Sears. 1968/1981. *Aspects of language*. New York: Harcourt Brace Jovanovich.
- Bosque, Ignacio, y Violeta Demonte. dirs. 1999. *Gramática descriptiva de la lengua española*. 3 vols. Madrid: Espasa Calpe.
- Bybee, Joan. 2001. *Phonology and Language Use*. Cambridge: Cambridge UP.
- . 2003. "Mechanisms of change in grammaticization: The role of frequency". *The Handbook of Historical Linguistics* Eds. B. D. Joseph and R. Janda. Malden-Oxford: Blackwell. 602-23.
- Bybee, Joan y Paul Hopper. eds. 2001. *Frequency and the Emergence of Linguistic Structure*. Amsterdam: John Benjamins.
- Company, Concepción. 1997. "Prototipos y el origen marginal de los cambios lingüísticos. El caso de las categorías del español". *Cambios diacrónicos en el español*. Ed. Concepción Company. México: Universidad Nacional Autónoma de México. 143-68.
- . 2001. "Multiple dative-marking grammaticalization. Spanish as a special kind of primary object language". *Studies in Language* 25.1: 1-47.

- . 2002a. “Gramaticalización y dialectología comparada. Una isoglosa sintáctico-semántica del español”. *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica* 20: 39-71.
- . 2002b. “Grammaticalization and category weakness”. *New reflections on grammaticalization*, I. Eds. Wischer y D. Diewald. Amsterdam: John Benjamins. 201-17.
- . 2003. “La gramaticalización en la historia del español”. *Gramaticalización y cambio sintáctico en la historia del español*. Número monográfico de *Medievalia*. Ed. Concepción Company. 35: 1-62. Company, Concepción. dir. En prensa. *Sintaxis histórica de la lengua española. Primera parte: La frase verbal*. 2 vols. México: Fondo de Cultura Económica y Universidad Nacional Autónoma de México.
- Contini-Morava, Ellen, and Barbara Sussman. eds. 1995. *Meaning as explanation. Advances in linguistic sign theory*. Berlin-New York: Mouton de Gruyter.
- Coseriu, Eugenio. 1983. “Language change does not exist”. *Linguistica Nuova ed Antica* 1: 50-63.
- Fiorentino, Giuliana. ed. 2003. *Romance objects. Transitivity in Romance Languages*. Berlin-New York: Mouton de Gruyter.
- Fischer, Olga, Muriel Norde and Harry Perridon, eds. 2004. *Up and down the cline. The Nature of Grammaticalization*. Amsterdam: John Benjamins.
- Gamillscheg, Ernst. 1957. *Historische französische Syntax*. Tübingen: Max Niemeyer.
- Givón, Talmy. 1986. “Prototypes: Between Plato and Wittgenstein”. *Noun Classes and Categorization*. Ed. C. Craig. Amsterdam: John Benjamins. 77-103.
- Haiman, John. 1980. “Dictionaries and Encyclopedias”. *Lingua* 50.4: 329-58.
- Haiman, John, ed. 1985. *Iconicity in Syntax*. Ed. John Haiman. Cambridge: Cambridge UP.
- Hopper, Paul. 1998. “Emergent grammar”. *The New Psychology of Language. Cognitive and Functional Approaches to Language Structure*. Ed. M. Tomasello. New Jersey: LEA. 155-75.
- Hopper, Paul, and Sandra Thompson. 1985. “The iconicity of the universal categories ‘Noun’ and ‘Verb’”. *Iconicity in Syntax*. Ed. John Haiman. Cambridge: Cambridge UP. 151-83.
- Hurford, William. 1977. “The significance of linguistic generalizations”. *Language* 53.3: 574-620.
- Jakobson, Roman. 1973. *Main trends in the science of language*. London: George Allen & Unwin.

- Kabatek, Johannes. 2003. "La lingüística románica histórica: tradición e innovación en una disciplina viva". *La corónica* 31.2: 35-40.
- Keller, Rudi. 1985. "Towards a theory of linguistic change". *Linguistic Dynamics. Discourses, Procedures and Evolution*. Ed. Thomas T. Balmer. Berlin-New York: Walter de Gruyter. 211-38.
- . 1990/1994. *On Language Change*. London: Routledge.
- Lakoff, George. 1987. "From Wittgenstein to Rosch". *Women, Fire and Dangerous Things. What Categories Reveal about the Mind*. Chicago: Chicago UP. 12-57.
- Langacker, Ronald. 1987. *Foundations of cognitive grammar*. Vol. 1: *Theoretical prerequisites*. Stanford: Stanford UP.
- Martinet, André. 1955/1970. *Économie des changements phonétiques*. Berne: A. Francke.
- Meillet, Antoine. 1913/1965. "Sur la méthode de la grammaire comparée". *Linguistique historique et linguistique générale*. Paris: Librairie Honoré Champion. 18-36.
- Ménard, Philippe. 1988. *Syntaxe de l'ancien français*. Bourdeaux: Éditions Bière.
- Menéndez Pidal, Ramón. 1904/1966. *Manual de gramática histórica española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Newmeyer, Frederick J. 2003. "Grammar is grammar and usage is usage". *Language* 79.4: 682-707.
- Nyrop, Khristian. 1925. *Grammaire historique de la langue française*. 6 vols. Copenhagen: Gyldendalske Boghandel Nordisk.
- Nunes, José Joaquim. 1930. *Compêndio de gramática histórica portuguesa*. Lisboa: Livraria Classica.
- Paul, Herman. 1921/1968. *Prinzipien der Sprachgeschichte*. Tübingen: Max Niemeyer.
- Pellegrini, G.B. 1966. *Grammatica storica spagnola*. Bari: Leonardo da Vinci.
- Rohlf, Gerhard. 1949/1968. *Grammatica storica della lingua italiana e dei suoi dialetti*. Torino: Piccola Biblioteca Einaudi.
- Solá, Joan, María Rosa Lloret, Joan Mascaró, y Manuel Pérez Saldanya, dirs. 2002. *Gramática del catalá contemporani*. 3 vols. Barcelona: Empúries.
- Taylor, John R. 1989. *Linguistic categorization. Prototypes in linguistic theory*. Oxford: Clarendon.
- Tekavčić, Pavao. 1972. *Grammatica storica dell'italiano*. 3 vols.: 1 Fonematica; 2 Morfosintassi; 3 Lessico. Collezione di testi e di studi. Linguistica e critica letteraria. Bologna: Il Mulino.

- Thom, René. 1983. *Paraboles et catastrophes*. Entrevista y edición de G. Giorello y S. Morini. Paris: Flammarion.
- Timberlake, Alan. 1977. "Reanalysis and actualization in syntactic change". *Mechanisms of Syntactic Change*. Ed. Charles N. Li. Austin: U of Texas P. 141-77.
- Traugott, Elizabeth C., and Richard Dasher. 2002. *Regularity in Semantic Change*. Cambridge: Cambridge UP.
- Weinreich, Uriel, William Labov, and Marvin I. Herzog. 1968. "Empirical foundations for a theory of language change". *Directions for historical linguistics*. Eds. W.P. Lehmann y Yakov Malkiel. Austin: U of Texas P. 95-195.
- Wischer, Ilse y Gabrielle Diewald, eds. 2002. *New Reflections on Grammaticalization*. Amsterdam: John Benjamins.